

tuto, la santidad de sus Reglas y la sabiduría de su Gobierno. Afánense, pues, sus adversarios en amontonar contra ella folletos, libelos, corrompidos y pulverizados Documentos; nosotros no usaremos de otras armas en su Defensa, que las que nos ministran la Religión, la razón, los hechos, la sana crítica y la verdadera Filosofía. Los que quieran observar por sus mismos ojos y no al través del engañoso prisma de la preocupación, del odio y de la impiedad, fallen en nuestra causa, á vista de las irrefragables pruebas que vamos á presentarles en esta Apología. En ella se verá si es una proposición de eterna verdad, á pesar de las diatribas con que osó Mariana impugnar á sus hermanos, que por su Instituto **LOS JESUITAS NI SON, NI HAN SIDO, NI PUEDEN SER MALOS (*)**.

(*) De la elocuente y respetuosa Exposición, que antes de morir dirigió á las augustas Cámaras el religiosísimo P. Francisco Mendizabal, que solo es la expresión de la verdad y de los hechos, solo tuvieron que tachar los nuevos opositores de la Compañía esta proposición, que temerariamente calificaron de *escandalosa y hasta herética*. Afirmar lo contrario no solamente es heregia y escándalo, atendiendo á que el Concilio de Trento, los Papas, y los Santos todos de estos tres siglos, han llamado al Instituto de los Jesuitas, piadoso, santo, venerable etc., sino falsedad notoria; pues apenas se hallarán leyes de mayor santidad, prudencia y sabiduría.... Mas ya vamos á dar las pruebas. Juzguen los hombres imparciales, si solicitar el restablecimiento de los Jesuitas, es un bien, y si las naciones libres y cultas que los han admitido, desentendiéndose de los clamores de la impiedad y de sus asquerosos folletos, son dignas de aplauso é imitación.

ADVERTENCIA

SOBRE LA EDICION FRANCESA DE 1828. DE LA APOLOGIA
DEL INSTITUTO DE LOS JESUITAS.

LAS calumnias de que el Orden de los Jesuitas, no ha dejado de ser el blanco, hacen en alguna manera necesaria la reimpression de una Obra, en que todas ellas se hallan refutadas despues de mucho tiempo.

La Compañía fué suprimida, mas tambien ha sido restablecida; ella ha pasado por extremas vicisitudes, y resistido á todas las pruebas, y es hoy lo que fué en su nacimiento; siempre atacada por los mismos enemigos, que no se cansan jamás de repetir las propias acusaciones, forjadas sobre las mismas imposturas. Nada, pues, exige una nueva justificacion y apología. La antigua responde á todo: ella sola es bastante. Mas los ejemplares son raros, y esta nueva Edición vá á hacerlos comunes.

Que las personas prevenidas en contra de la *Compañía* quieran solamente abrir este Libro y comenzar la lectura. Sorprendidos, arrastrados desde las primeras líneas por el interés de la materia, y la importancia de las cuestiones políticas, morales y religiosas que se refieren á ella; no pudiendo negarse á la evidencia de las pruebas, ni resistir á la fuerza de los raiocinios, no tardarán en rendirse al clamor de la verdad, que se hace oír por todas partes, y se apresurarán á reconocer su error.

Esta Obra, verdaderamente maestra de literatura, fué publicada por la primera vez mas de sesenta años há; pero no parece sino que lo fué ayer. Las predicciones que contiene han tenido todo su cumplimiento. Lo que ellas tenian entonces de obscuro, de vago é incierto, ya no lo es hoy; habiendo sido verificadas de la manera mas precisa, y al mismo tiempo la mas asombrosa, por los hechos de que todos hemos sido testigos. Esta Obra, pues, es un monumento de los mas singulares (*). El tiempo, en lugar de conmovir las bases, las ha afirmado. Este monumento subsistirá, sea para transmitir á la posteridad recuerdos preciosos y nociones exactas sobre el acaecimiento mas considerable é instructivo del siglo pasado; ó para conocer bien los medios que han procurado la revolucion francesa; los mismos de que parece quererse servir todavia para continuarla, propagarla ó renovarla (†).

(*) Véase lo que dice de la presente obra el ingenioso y sólido autor de los *Tres Procesos en uno* (pág. 135.) "Este volumen entero está consagrado á manifestar las bellezas del gobierno de los Jesuitas, y á probar que ninguna asociación humana ha prestado jamás tantos servicios á la civilización, á las ciencias, á las artes, á las monarquias temporales, y espirituales.... Este Libro es un monumento de gloria para ellos, y de eterna confusion para el siglo que los ha visto proscibir."

(†) La presente advertencia es igual á la de la edicion de 1822, y ella deberá servir para cuantas en lo sucesivo se hagan, mientras que los adversarios de los Jesuitas no varien su constante plan de guerra. A unas calumnias repetidas siempre, es indispensable oponer las propias refutaciones que jamás dejarán de pulverizarlas, aunque perpetuamente se repitan. Nada debe cambiarse, entretanto las circunstancias no sean esencialmente diferentes.

PROEMIO

DE LA

TERCERA EDICION DE 1765.

LA Nacion Francésa, que en todos tiempos ha dado al mundo grandes espectáculos, ofrece hoy uno que asombra por su naturaleza, y aun mas por su singularidad. Este es el de cuatro mil Ciudadanos Religiosos, que unidos pacíficamente en sus Casas bajo la proteccion de las Leyes, practicando una Regla aprobada por la Iglesia, ejerciendo empleos útiles al Estado, y poseyendo hace mucho tiempo la confianza de los Reyes y la estimacion de los Pueblos; se ven repentinamente arrastrados á los Tribunales; condenados, sin ser oidos; sacrificados á las confiscaciones, á las sentencias y al oprobio; y despojados de su nombre, de su estado y de sus bienes. Las acusaciones que se les hacen, son las mas graves, que

puedan intentarse contra un cuerpo de Ciudadanos y Religiosos.

Un Instituto, que tiene por principio el entusiasmo y por medios el fanatismo; usurpaciones odiosas con nombre de privilegios; lecciones de regicidio por doctrina; y por regla de costumbres el arte de romperlas: ¡qué cargos! ¡qué horrores! ¡qué materia de condenacion, ó de justificacion para los Jesuitas! Con esto los combaten: sobre esto van á defenderse.

La Iglesia de quien son hijos, la Religion que los tiene por ministros, el Estado que los reconoce por miembros, el Cuerpo Episcopal que los protege, el público que los observa, lo que deben á sus amigos y á sí mismos, el honor, la virtud, el interés, en suma todo les pide y prescribe una Apología satisfactoria y completa: veisla aquí.

No será esta Obra ni el panegírico de los Jesuitas ni la sátira de sus enemigos. Un elogio no es justificacion, y las invectivas no sirven de pruebas. ¿Qué puede exigirse de nosotros en el curso de esta Apología? ¿Principios verdaderos? No los estableceremos sino incontestables. ¿Hechos ciertos? No citaremos sino los que sean notorios. ¿Buena fé y exactitud en todo? Desde luego consentimos en que se borren todas las líneas, se rasguen todas las páginas, se echen al fuego todos los capítulos, en que no se hallaren una y otra: la buena fé en las pruebas, la exactitud en las citas.

Una sola gracia pedimos á nuestros lectores: y es, que nos lean en el silencio de la preocupacion, y en la calma de la pasion; que no se obstinen, ni contra la objecion ni contra la respuesta; que juzguen por sí mismos y no por el juicio de otro; segun la Religion, la razon, y la conciencia, y no por el ejemplo ó la prevencion; que no refuten todo antes de haber oido nada; en suma, que tomen por guia en la causa importante en que vamos á entrar, el amor de la verdad y no el espíritu de partido.

El amor de la verdad sigue principios, el espíritu de partido se los forja; el primero se nutre de observaciones y realidades, el segundo se apacienta de apariencias y conjeturas; la precipitacion y el ímpetu caracterizan á este, aquel se dá á conocer por una prudente lentitud y una serena calma; el uno nace de un juicio recto y un corazon dueño de sí mismo; el otro de una pasion viva, ó de una imaginacion recalentada.

En efecto: ¿no es la llama de una imaginacion ardiente ó de una violenta pasion, la que ha producido contra los Jesuitas tantos escritos, que la verdad desconoce y la moderacion condena? ¿No han salido de fuente semejante los colores odiosos, con que se divierten tantas manos en desfigurar su imagen y tizar su historia? Mas si entre estas acusaciones hay algunas que no podrán menospreciarse bastante, hay otras, que no se podrán impugnar demasiado. Las que tocan á su capacidad y costumbres, son

sin fundamento en confesion de sus mismos adversarios; mas las que miran á su Instituto, aunque menos fundadas, han hecho, sin embargo, mas profunda impresion. Dejemos, pues, á la calumnia apurar toda su hiel sobre el primer objeto, y ciñámonos al examen pacífico y razonado del segundo. Sin otra elocuencia que la precision, sin otro colorido que la evidencia, justifiquémos en el Instituto de los Jesuitas lo que se condena, descubrámos lo que se desconoce, y obrémos de modo que la equidad lo disculpe, la indiferencia lo admire, y que el mismo ódio lo respete (*).

(*) He aquí el legítimo modo con que debió tratarse la presente cuestion si hubiese habido buena fe. Las personas acusadas por Calvino y Bucero en el siglo XVI., Palafox y Páscal en el XVII., Voltaire y Carballo en el XVIII. ya no existen. Acusados y acusadores, víctimas y verdugos han comparecido ante el Eterno y justo Juez, *scrutans corda et renes, Deus*, y sus huesos se hallan confundidos y mezclados en el Sepulcro, esperando separarse á lados opuestos al sonido de la angélica trompeta en el dia de las vengarzas y revelaciones. Supuesta, pues, la no existencia de los litigantes en las querellas imprudentemente renovadas de la *Inocenciana*, *Provinciales*, etc. etc., la discusion debió limitarse al Instituto, único que subsiste despues de tantas contradicciones y vicisitudes. Si mediante la observancia de sus leyes, no menos santas que prudentes, sabias y adecuadas á sus fines, y comprobadas por la experiencia de tres centurias de años y la aclamacion de todas las naciones, ofreció el P. Mendizabal á las augustas cámaras de México excelentes Maestros para la educacion de la juventud, zelosos Operarios para instruir y moralizar á los pueblos, é intrépidos Misioneros para llevar la antorcha del Evangelio y las ventajas de la civilizacion á las tribus bárbaras de nuestro continente; los *cuatro* opositores que hicieron frente á los centenares que unieron sus votos á los del edificante y moribundo Jesuita, debieron probar que la Compañia de Jesus por su Instituto era insuficiente para cumplir su promesa. Esta empresa, empero, era superior á

Tal es el clamor de la verdad y de la inocencia: este se hará oír de aquellas almas virtuosas que se estremecen todavia á la sola vista de la injusticia; de aquellos corazones sensibles que se abren siempre á la voz de la humanidad; de aquellos espíritus atentos á quienes no han podido fascinar hasta ahora los prestigios de la irreligion. Este penetrante cla-

— sus fuerzas: ellos *blasphemant quae ignorant*, y por ocultar su ignorancia é incapacidad, ocurrieron á producciones añejas, ajenas de la cuestion, propias solo para fascinar necios, y que nada tienen que ver con los actuales miembros de esa Religion. Nosotros esperabamos esta suerte de combates, pues conocemos bien la táctica de sus enemigos en todos los tiempos y lugares, y presenciarnos la lid de 1822, en que los hizo enmudecer el literato patriota, el grande orador P. Sartorio, ornamento de las escuelas jesuíticas: si llamamos entonces por justos motivos, augurando los progresos de la Compañia en la culta Europa y liberal América, hoy hemos hecho ver nos sobran armas para rebatir las calumnias é imposturas que hacinára el siglo pasado el corrompido y decrepito filosofismo. Pero aun nos falta discurrir *á priori*, desentendiéndonos de la autoridad y examinando las cosas en sí mismas; tal es el objeto de la publicacion de esta Apología, con la que daremos á conocer á los simples *Documentistas* y amontonadores de *Obras importantes*, que en nuestros alegatos no excluimos á la razon, ni hurtamos el cuerpo á los sólidos argumentos. Estamos en la estacada, resueltos á no volver cobardemente las espaldas, ahora triunfemos, ahora sean infructuosos nuestros trabajos por los inescrutables secretos de la Providencia. El restablecimiento de la Compañia de Jesus en nuestra patria es obra de Dios, quien volverá por su causa á su tiempo, y hará entender á los pueblos: ¡ojalá y no sea con dolorosos escarmientos! la necesidad de estos ministros Evangélicos: la de su inocencia y utilidad se ha confiado á nuestra debilidad y pequeñez; agotaremos, pues, todos los medios de su Defensa, y no toleraremos jamás se corrompa la opinion, y que su buen nombre, en el que se halla interesado el de la Iglesia católica, se oscurezca impune y sacrilegamente. Apelamos á la verdadera filosofia, porque ni tememos ni aborrecemos sus luces: imiten nuestro ejemplo los adversarios.—T.

mor introducirá la ternura en las entrañas de los jueces; excitará los remordimientos en la conciencia de los acusadores; despertará acaso el amor y reconocimiento de los pueblos con la memoria de tantos servicios recibidos de los Jesuitas; resonará en el recinto de los Templos testigos de su zelo, en medio de los Colegios testigos de sus trabajos, en el centro de los Hospitales y Cárceles testigos de su caridad: entre los Católicos á quienes han instruido, los Hereges á los que han impugnado, y los Idólatras á quienes han anunciado el Evangelio; resonará en fin, en toda la redondez de la Tierra. Si: si los Jesuitas no pueden hacerse oír de su misma nacion y de su siglo, se harán oír á lo menos de las naciones extranjeras en los siglos futuros. Conocerán los Extrangeros con asombro, hasta qué extremo han podido dejar de ser justos y humanos, hombres, Compatriotas, Franceses, que habian nacido tales; y la Posteridad leerá la historia de la destruccion de los Jesuitas acaecida en un siglo, que se llama el de las luces, de la tolerancia y de la humanidad, casi del mismo modo que leemos la relacion de aquellos sucesos, que sirven de épocas en los siglos de la ignorancia, del fatalismo y de la barbarie.



APOLOGIA

DEL

INSTITUTO DE LOS JESUITAS.

CAPITULO I.

De las Instituciones Religiosas.

UNA República, una Monarquía, un Imperio cualquiera es un agregado de varios establecimientos, fundados unos por la necesidad, otros por la sabiduría, y consagrados todos al bien general. Los que ha visto la Francia formarse en su seno, pueden dividirse en dos clases, en establecimientos políticos, y establecimientos eclesiásticos: los primeros contribuyen especialmente al bien del Estado; los segundos al bien de la Religion. Ninguno de ellos ha llegado hasta ahora